

NOTAS Y COMENTARIOS

Viaje final de carrera

Los alumnos de quinto curso de la Sección de Filología Clásica, primera promoción de la «Veterum Sapientia», visitan Italia y son recibidos en audiencia por Paulo VI

MOTIVOS E INICIATIVA DEL VIAJE

Aristóteles en su Poética dice que «para los hombres el aprender es el mejor de los placeres» y «el contemplar los objetos artísticos es un aprendizaje». Conscientes de ello los alumnos de 5.º Curso de la Sección de Filología Clásica de la Universidad Pontificia de Salamanca, han querido que su «última lección», al finalizar la carrera, fuera para ellos un viaje final de Estudios a Italia. Audaz y loada decisión. Se daba, además, la fausta coincidencia de ser este Curso de 1965 la primera promoción de alumnos graduados en esta Universidad bajo las directrices y deseos de la «Veterum Sapientia» de S. S. Juan XXIII; aparte de ser el curso más numeroso con que ha contado hasta el presente la Sección desde su creación. Oportuna y justificada, pues, la iniciativa de un viaje de diecisiete días por Italia y piadoso el deseo de ser recibidos, en representación de la Universidad, por S. S. Pablo VI. Como había dicho anteriormente el Prof. Dr. P. José Jiménez, C. M. F., en el «almuerzo-despedida» del Curso a su Claustro de Profesores, «era ésta una ocasión de gran satisfacción para la Facultad, que ponía este año a disposición de la Iglesia a cuarenta nuevos graduados en Filología Clásica, dispuestos a secundar en su labor de profesores las directrices de la «Veterum Sapientia».

La idea del viaje, concebida con tiempo y alentada con ilusión, tuvo su más encarecido apoyo en el Decano de la Facultad, Dr. P. Isidoro Rodríguez, O. F. M. Al final le sería imposible al P. Isidoro ir al frente de la excursión, encomendando su personal representación y la dirección de la misma a los Profesores Dres. P. Jiménez, C. M. F. y Rvdo. D. Ismael Roca.

DESCRIPCIONES Y LAUDES DEL ITINERARIO

El grupo de excursionistas, integrado por veintiocho alumnos y los dos profesores, salió de Madrid en autocar el día 19 de junio, para llegar a Roma el día 22. Se siguió una auténtica ruta romana, pasando por Calatayud —la antigua Bilbilis, patria de Marcial—, Zaragoza, Lérida y Barcelona, ciudades pujantes durante el Imperio Romano y encomiadas fervorosamente en las «Laudes Hispaniae». Al paso por estas ciudades el guía nos hacía recordar el antiguo cuño histórico-militar de cada una así como su contribución a la romanización de España. Por el Sur de Francia la ruta atravesaba las ciudades también romanas de Narbona, Marsella, Frejus y Niza, la Costa Azul del moderno y lujoso veraneo. En Marsella el Prof. P. Jiménez recibe carta de la Embajada Española ante la Santa Sede anunciándonos que S. S. el Papa nos recibiría en audiencia especial durante nuestra estancia en Roma.

Ya en Italia, la Liguria marítima o Riviera, montañosa, llena de bellezas naturales, valoradas aún más por la labor enamorada, sabia y secular de sus habitantes, fue la primera sorpresa grata del paisaje italiano —luego lo sería la Campania— tan rico y variado, fuente de inspiración de clásicos, sobre todo, y de renacentistas. En Génova la visita de obligación fue para el famoso cementerio de Staglieno, magnífico por sus esculturas, motivos fúnebres y candor de mármoles. Luego, el paso pintoresco de los Montes Apeninos, a través de La Spezia, para entrar en la Etruria de los valles fértiles y llenos de color. En la ciudad de Pisa visitamos brevemente el armónico conjunto monumental de la Plaza de los Milagros, constituido por la Catedral, la bella rotonda románica del Baptisterio y la Torre Inclinada o campa-

nario. Un tríptico de sorpresas arquitectónicas, ricas en mármol de la vecina Carrara.

ROMA, MARAVILLA CLASICA Y CRISTIANA

En las últimas horas del día 22 la ruta nos lleva a Roma por la moderna y bella Autostrada del Sol. Nunca más cierto en las primeras horas de la noche que «desde la áurea Roma se esclarea el orbe», como dijo Eugenio Montes. La ilusión y el fervor crecían, nos tenían despiertos en nuestra fe y esperanza de peregrinos. Al llegar a ella forzoso fue declamar piadosamente entre labios con Miguel de Cervantes su «Soneto a Roma»:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta
alma ciudad de Roma! A ti me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino,
a quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo
con la sangre de mártires mezclada,
es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en ti que no sirva de ejemplo
de santidad, así como trazada
de la ciudad de Dios al gran modelo.

Imposible resulta y sin motivo, por otra parte, el pormenorizar y describir todas nuestras visitas en la Ciudad Eterna. Fueron cuatro días de mucho aprender y percatarse de la realidad católica y de la pervivencia clásica de Roma. Como presagió Horacio en su *Carmen Saeculare*, «Alme Sol... possis nihil urbe Roma visere maius?», Roma es, en verdad, un augurio cumplido. Y para nosotros, conocedores ya del mundo clásico romano por el estudio, una ilusión agraciada.

Las visitas del primer día fueron principalmente a las Basílicas Mayores: Santa María la Mayor, con su reliquia del Santo Pesebre; San Lorenzo Extramuros; San Juan de Letrán, catedral de Roma, con el más precioso y venerado mosaico de Roma, que representa al Redentor bendiciendo y sonriendo, una vez que por Constantino fue declarada la Fe Católica religión del Imperio; Santa Cruz de Jerusalén con las preciosas reliquias descubiertas por Santa Elena; San Pedro in Vinculis con la joya primera de la escultura renacentista, el Moisés de Miguel Ángel; San Pablo Extramuros, que lleva la inscripción-dedicatoria más feliz, «Praedicatori veritatis Doctori gentium». San Pedro y San Pablo son en Roma los dos astros del cristianismo —«Romae parentes arbitrique gentium»—, cuya luz venció en Occidente al paganismo de los Dióscuros Cástor y Pólux del Capitolio. La leyenda cuenta que Augusto erigió en el Capitolio un altar al Primogénito de Dios con esta inscripción «Ecce ara Primogeniti Dei» para recordar el oráculo de la Sibila sobre la venida al mundo del Salvador. Sobre este altar se levantó más tarde la iglesia de Santa María de Aracaeli, que heredó así la gloria del antiguo Capitolio. Difícil de olvidar la piadosa emoción y la admiración sin límites, justificada, que se sentían al recorrer las amplísimas y fastuosas naves de estos Santos Lugares, los primeros de la cristiandad en la veneración. Lástima irremediable que el tiempo disponible fuera tan breve para la contemplación de tantas maravillas y sorpresas.

La mañana del día siguiente, festividad de San Juan Bautista, fue la reservada para el fervor de nuestra Santa Misa celebrada en la catacumbas de San Calixto, el primer cementerio cristiano de Roma. El fervor se centró muy particularmente en el Canon, al mencionar los nombres de los Santos Mártires romanos que en estos insignes lugares se acogieron. Por la tarde de este día, y acompañados de un Padre agustino, antiguo alumno de nuestra Universidad Pontificia, visitamos detenidamente el Foro Romano, el Capitolio, los Foros Imperiales, el Coliseo y el Palatino. La vida política, literaria y civil de la Roma republicana de hace veinte siglos —regidora de imperios y de pueblos, según patriótico mandato de Virgilio— tuvo su escenario complicadísimo en estos históricos lugares, aún bien señalados.

La voz elocuente de Cicerón, los cantos nacionales de Virgilio y las páginas gloriosas para Roma de Tito Livio se oyeron y se leyeron multitudinariamente aquí, junto a los templos de los dioses protectores de la Sacra Urbe. Atraieron, sobre todo, nuestro interés los Arcos de Constantino, Tito y Septimio Severo, el templo de Vesta, erigido por Numa, los Comicios, la Tribuna de los Rostra, el templo de la Concordia, la cárcel Mamertina, la Curia, fundada por Tulio Hostilio y el circo Máximo. Aunque rápidas, interesantes en sumo grado fueron asimismo las visitas al Museo Capitolino, al Palacio de los Conservadores y a la Pinacoteca Capitolina, los tres muy cercanos entre sí. En el Museo Capitolino, rico por su colección de mármoles antiguos, admiramos la reproducción del gallo Moribundo, Amor y Psique, el sátiro praxitélico, la encantadora Venus Capitolina y la Niña con una paloma. En el Palacio de los Conservadores se encuentran, como obras antiguas más interesantes, el Niño de la Espina y la Loba.

Al atardecer, y para contrastar grandezas arquitectónicas, tan distantes en el tiempo por su fundación, hicimos un recorrido por la Nueva Roma de Mussolini, el E. U. R. de la Exposición Mundial de Comercio. Fue, en conclusión, un día tan grato como laborioso, pero que acabó también con la preocupación de no haber cumplido, por las circunstancias, con el consejo clásico de «non multa sed multum».

El siguiente día fue dedicado por entero a la visita de la Ciudad del Vaticano, empleando la mañana en el recorrido y estudio de los museos y la tarde en la peregrinación a la Basílica de San Pedro. Ciertamente que una visita consciente hecha a los museos Vaticanos hubiera necesitado un gran número de días. Por ello, en nuestro recorrido, con la guía en la mano, nos fuimos deteniendo con más atención ante las obras más celebradas, las salas del Beato Angélico, Rafael, Leonardo da Vinci, Tiziano, etc. En los museos de Escultura admiramos las famosas copias de estatuas griegas, como el Apolo Sauróctonos, la Amazona Mattei, probablemente de Fidias, la Venus de Cnido de Praxiteles, las Tres Gracias, el grupo de Laocoonte y sus hijos, el Apolo de Belvedere, el Apoxyomenos de Lisipo, el Hermes de Praxiteles y el célebre Torso de Belvedere de Apolonio, por citar

las principales obras maestras. En el Museo Chiaramonti, con unas ochocientas estatuas, resaltan por su importancia Hércules y Télefo, una copia del Doriforo y otra de la Amazona de Policleto, el grupo alegórico del Nilo y el Discóbolo de Mirón. Imposible fue detenernos en la visita a la Biblioteca, rica en decoraciones de arte, pero más rica aún por sus manuscritos e incunables. Antes de pasar a la Capilla Sixtina recorrimos los Museos Gregoriano Etrusco y Gregoriano Egipcio.

La visita a la Capilla Sixtina era un final lleno de expectación que nos arrastraba en nuestro recorrido por los Museos. Difícil de describir en pocas frases la impresión de gloriosa emoción que en todos produjo. Allí la Biblia y la Mitología Clásica se confunden para crear ese cosmos de los grandes dogmas cristianos, magistralmente plasmados por el genio singular de Miguel Angel. El enorme fresco del Juicio Final y las evocaciones del Génesis con los Profetas y las Sibilas del techo de la Capilla son otra Divina Comedia para una contemplación y lectura meditada sin límite de tiempo.

La visita a la Basilica de San Pedro, corazón eterno de la Catolicidad, coincidió con la Festividad del Sagrado Corazón de Jesús. Llegar ante la tumba de San Pedro para hacer profesión de fe en Jesucristo y en su Vicario en la tierra era nuestra primera ilusión. Repetidas veces nos había dicho el P. Isidoro antes de partir de España: «No olvidéis que se trata ante todo de un peregrinar para postraros ante la tumba de San Pedro y a los pies de S. S. el Papa». Primero fue el orar en las Sagradas Grutas ante la tumba del Principe de los Apóstoles y de sus sucesores, en particular ante las tumbas de Pío XII y Juan XXIII. El recorrido después por todas las naves del más grandioso templo, con la guía en la mano, fue lento, lleno de fervoroso estudio. Mirando en derredor, a cada paso uno descubría que la catedral se ensanchaba más y más, interpretando su catolicidad, para ofrecer cabida a todos los que han soñado con un templo ideal en la tierra. Ricos mosaicos, mármoles preciosos y variados, monumentos dedicados a Papas, esculturas insignes, como la Pietà de Miguel Angel, tumbas, retablos y reliquias sagradas. Miguel Angel, Rafael, Bramante, Bernini, Maderno, multitud de artistas de todos los tiempos de tanta maestría como fe reli-

giosa, han consagrado aquí con amplio entusiasmo su ingenio y su trabajo a Aquel que es «rerum Creator optimus», «cuius resonat per omnem Gloria mundum». Símbolo de esta grandeza de Dios en la tierra y de esta fe sin límites de los hombres son, sin duda, la amplitud interior de la Basílica, la altura y dimensión de la cúpula de Miguel Angel y el abrazo de tan gran extensión de la Columnata de Bernini. Cuando salimos, el sol del atardecer romano derramaba sobre la cúpula todas sus bendiciones, símbolo de celestes complacencias.

AUDIENCIA DEL PAPA

Nuestra estancia en Roma iba a terminar. Restaba para el final de ella la Audiencia Pontificia, señalada para la mañana del día 26. Con tiempo suficiente nos habíamos congregado a un lado de la Columnata de la Plaza de San Pedro, frente a la Escalera Regia. Nuestro grupo sacerdotal de Salamanca formaba parte de la audiencia que iba a conceder en este día Su Santidad a más de trescientos españoles trabajadores en el extranjero. Al frente de ellos venían su Eminencia el Cardenal de Tarragona, Dr. Arriba y Castro, y el Ministro de Trabajo, Sr. Romeo Gorría. La emoción era intensa e íntima. A través del Cortile de San Dámaso pasamos a la Sala Clementina, donde había de tener lugar la audiencia. A nosotros se nos colocó en lugar privilegiado. Después de algunos minutos de espera, entretenidos en la contemplación de la maravillosa sala construida por Clemente VIII y de la elegante y vistosa Guardia Suiza, apareció Su Santidad sonriente y bendiciendo. Una prolongada salva de aplausos y de vivas al Papa, a lo español, fue nuestra correspondencia cordial y piadosa. Hizo la presentación el Cardenal. Seguidamente Su Santidad leyó en correctísimo y bien entonado español su discurso a los trabajadores. Luego, dirigiéndose a nosotros con paternal satisfacción, nos dirigió el siguiente saludo: *«Deseamos también dirigir unas breves palabras de gratitud, bienvenida y saludo, a los amadísimos sacerdotes procedentes de España, Portugal y algunos países de Hispanoamérica, exalumnos de la Sección de Humanidades Clásicas de la*

Universidad Pontificia de Salamanca, quienes al final de sus estudios quieren ofrecernos su homenaje de filial devoción.

Vuestra misión que tiende específicamente a la formación humanística, particularmente entre los alumnos de los Seminarios, ha de ser siempre y ante todo sacerdotal. Para que vuestro ministerio de enseñanza rinda los mejores frutos no deberéis olvidar la labor seria, metódica, del estudio, de la investigación, de la divulgación científica. Pero tened presente vuestra primordial condición: sois sacerdotes y ello comporta la dulce responsabilidad de una vida ejemplar, interior, mortificada, obediente, apostólica, santa. Que vuestros pasos sigan en todo las huellas del Señor.

Con estos ardientes deseos os impartimos, queridísimos sacerdotes, Nuestra Bendición Apostólica».

Al final de sus dos discursos se desbordó la demostración entusiasta de afecto y de agradecimiento de todos los presentes hacia el Papa, sobre todo cuando Su Santidad en un inolvidable gesto de entrega paternal se acercó a saludarnos. Emocionante, en verdad, y de feliz suerte aquel apretón de manos del Vicario de Cristo y el beso al anillo del Pescador. Accediendo gustoso a nuestro deseo, Su Santidad posó con nuestro grupo ante la cámara del fotógrafo pontificio. Un recuerdo para siempre en el que los ojos a menudo harán revivir nuestro encuentro con Pablo VI.

Con motivo de nuestra Audiencia Pontificia, el claustro de Profesores de la Sección de Filología Clásica de nuestra Universidad hizo donación a Su Santidad de la colección completa de HELMANTICA, revista científica de Filología Clásica editada por dicha Sección.

NAPOLÉS, POMPEYA Y PAESTUM

Finalizada nuestra estancia en Roma, salimos en la tarde de este mismo día 26 hacia Nápoles. El recorrido a través de la deliciosa Campania, fértil como un vergel, nos alivió sobre manera de los cansancios y calor de días anteriores. Desde Nápoles salimos al día siguiente hacia el Sur para visitar las ruinas

de la antigua Pompeya y Herculano, ciudades sepultadas el año 79 p. C. por el Vesubio, según la descripción viva y dramática de dos cartas de Plinio el Joven a su amigo Tácito. Descubiertas ambas por las excavaciones en sus tres quintas partes, es posible hoy transitar por sus bien trazadas vías, penetrar en los foros, en los templos, en el teatro y anfiteatro, en la intimidad de las casas, de las familias y de un entero consorcio urbano. La decoración, el mobiliario, las inscripciones y los grafitos muestran a la perfección todos los aspectos de la vida pública y privada de Pompeya y Herculano, espejos de cualquiera otra ciudad antigua romana. En el Antiquarium, complemento del Museo Nacional de Nápoles, contemplamos multitud de objetos procedentes de las excavaciones, como diversos tipos de vajilla, joyas y adornos, instrumentos de trabajo, esculturas y pinturas. Interesantes y patéticas en grado sumo son algunas improntas de cuerpos humanos y de animales, logradas con el sencillo sistema del yeso vaciado en el hueco de ceniza del cuerpo. La muerte por asfixia les sobrevino en el momento angustioso en que se debatían por librarse de su forzada prisión de la lava.

Por la tarde bajamos hasta Paestum para visitar los tres monumentos famosos de la antigua ciudad greco-romana, el templo de Neptuno, la llamada Basilica y el templo de Ceres y Vesta. Asombra la estabilidad y resistencia de estas tres fabulosas construcciones dóricas, joyas doradas sobre un tapiz verde, que han podido resistir en pie tantos siglos. Armonía de líneas, desfile marcial de las poderosas columnas dóricas, equilibrio y eterna majestad. El mito de Grecia pervive trasplantado, elocuente, a orillas del Tirreno.

Regresamos de nuevo a Nápoles. El siguiente día habría de ser de descanso, a disposición de la iniciativa personal. Un buen grupo decidió pasar el día en la isla próxima de Capri, deliciosa, agraciada con innumerables bellezas naturales. Desde ella se recrea la vista en los tres abanicos de azul intenso que son los golfos de Nápoles, Gaeta y Salerno. El emperador Tiberio la eligió como residencia favorita durante los últimos años de su vida.

Los que optaron por quedarse en Nápoles no perdieron la oportunidad de visitar, entre otros lugares de interés, el Museo Nacional, cuya riqueza principal la constituyen las colecciones

de mosaicos, bronce, fragmentos griegos de esculturas, pinturas murales, la famosísima Batalla de Alejandro, así como retratos y bajorrelieves romanos.

DE REGRESO POR ASÍS Y FLORENCIA

El día 29, festividad del Apóstol San Pedro, dejamos muy de mañana la pintoresca ciudad de Nápoles, dominada por el imponente penacho gris del Vesubio, para llegar a Roma con tiempo suficiente de poder celebrar en ella la Santa Misa y recibir la Bendición Papal en la Plaza de San Pedro. Después de comer en el Colegio Español, en donde en días anteriores ya se había alojado la mayoría del grupo, salimos en dirección a Asís, la ciudad patria de San Francisco, en la Umbria, recostada en las pendientes del monte Subasio. El recorrido a través de los Apeninos umbros, pasando por Terni, Spoleto y Foligno, hasta llegar a Asís, fue una alegría y un recreo para los ojos. Luego en Asís, remanso de quietud, belleza y arte espiritual, encontraríamos otra piadosa meta de nuestro peregrinar. Difícil de olvidar, por la sensación sentida de místico encantamiento, aquel callejear nocturno por la ciudad recogida, autocontrolada, como el Santo que en ella se albergó. «Aquí, con San Francisco, nos hallamos verdaderamente a las puertas del Paraíso», había dicho S. S. Juan XXIII con motivo de su peregrinación a Asís en 1962. Nuestra gran ilusión en este lugar se vio cumplida al poder celebrar la Santa Misa al día siguiente, festividad de San Pablo, en la grandiosa Basílica que guarda el sagrado cuerpo del Poverello. Acompañados por un Padre franciscano español visitamos también otros lugares sagrados de la ciudad, como la Basílica de Santa Clara, que custodia así mismo el sagrado cuerpo de la Virgen hermana, el Santuario de San Damián, con su primitiva y real sencillez, en donde la Santa vivió durante cuarenta y un años con sus primeras Clarisas y en uno de cuyos jardincitos San Francisco, casi ciego, compuso su bellissimo «Cántico de las Criaturas», la Iglesia Nueva, sobre la casa donde nació y vivió de niño el Santo, construida a expensas de Felipe III de España, la Catedral, etc. Imposible detallar los valores arquitectónicos

y las obras pictóricas, muchas de ellas de Giotto o de discípulos suyos, que enriquecen todos estos lugares de veneración, testigos durante siglos de la más ajustada observancia de los Consejos Evangélicos. Salir de Asís es salir del ambiente bucólico y a la vez místico que allí se siente en torno a la presencia de San Francisco.

De Asís salimos hacia Florencia, que sería la última ciudad con visitas de estudio de nuestro Viaje Final de Carrera por Italia. Florencia, cuna del Renacimiento, cuenta con riquísimos museos, galerías, iglesias, palacios y monumentos, gracias a fastuosos mecenazgos antepasados, como el de los Medici. Nos fue imposible también aquí visitar tantos lugares de interés como las guías describen, pues fueron muy pocas las horas disponibles. Acompañados del Prof. Rvdo. Mario Naldini, asistente y técnico del Instituto de Papirología de la Universidad, recorrimos las dependencias de la Facultad de Letras, deteniéndonos sobre todo en el Departamento de Papirología, uno de los mejores del mundo. Luego visitamos con él la interesantísima Iglesia de San Lorenzo, la Biblioteca Laurenziana, famosa por su preciosa colección de códices y manuscritos, las Capillas Mediceas y la Galería de la Academia con numerosas obras de Miguel Angel, entre las que destaca su poderoso y bello David. La sorpresa mayor nos la deparó la Catedral con su sublime Cúpula de Brunelleschi, dedicada a Santa María de la Flor, que junto con el Baptisterio y el Campanario de Giotto, forman un conjunto armónico y de singular belleza al igual que el de Pisa; constituyen los tres monumentos la más vistosa, caleidoscópica policromía de mármoles blancos, rosas y verdes en una composición de geometría genial dentro del marco incomparable de la Plaza del Duomo. En la Catedral nos encontramos con la segunda Pietà de Miguel Angel, más dramática sin duda que la del Vaticano. En el Baptisterio son de señalar, además de los preciosos mosaicos de su interior, las tres puertas de bronce, particularmente la Puerta del Este, obra maestra de Ghiberti, a la que Miguel Angel definió felizmente como «Puerta del Paraíso». Visitamos finalmente la Iglesia de la Santísima Annunziata en la plaza de este nombre. Lamentablemente no nos fue posible visitar la Galería de los Uffizi, de renombre mundial, la Galería

Palatina, el Museo Arqueológico, el Museo Nacional y la cercana villa de Fiésole, interesante por su teatro romano. Fue para todos una gran satisfacción poder saludar y conocer a la profesora Srta. María Paoli, hija del famoso latinista Ugo Enrico Paoli, ya fallecido, que ahora continúa la labor científica y de publicación de su padre en el campo de las Humanidades Clásicas.

El día dos de julio, ya de vuelta, pasando sin detenernos por Parma y Piacenza, llegamos de nuevo a Génova, para continuar viaje al día siguiente hasta Marsella. Sobre la marcha hubo que modificar el itinerario anteriormente dispuesto, renunciando a visitar Ravena, Bolonia, Módena, Milán y Aviñón. En la ruta de Zaragoza a Madrid nos detuvimos unas horas en el Monasterio de Piedra para visitar su placentero lugar de evocaciones —la octava maravilla—, algunas de ellas de inspirado sabor clásico, como el Baño de Diana.

El día 5 estábamos de vuelta en Madrid, desde donde diecisiete días antes habíamos iniciado nuestro viaje. Regresamos con la misma satisfacción que la que se siente al acabar una carrera de estudios bien aprovechada. El haber conocido y confrontado sobre el propio terreno y ambiente tan gran multitud de datos, recuerdos y monumentos de la Antigüedad Clásica Romana, haber visitado tantas ciudades cuya belleza, riqueza y méritos históricos ilustran tanto al turista como al estudioso y al peregrino, haberse visto agraciado, sobre todo, con una Audiencia Pontificia, todo esto ha sido, sin duda, la coronación y meta más estimables de nuestra carrera en la Universidad. Una dimensión mayor de nuestra formación humanística y clásica que ha de aprovechar ciertamente a nuestra labor de profesores recién titulados. Y un motivo más, reconocido, de agradecimiento para quienes, además de habernos formado como catedráticos durante los tres años de especialización, quisieron alentar y compartir todas las iniciativas de nuestro Viaje Final de Carrera.

Murguía, septiembre de 1965.

TIMOTEO MARQUINA